

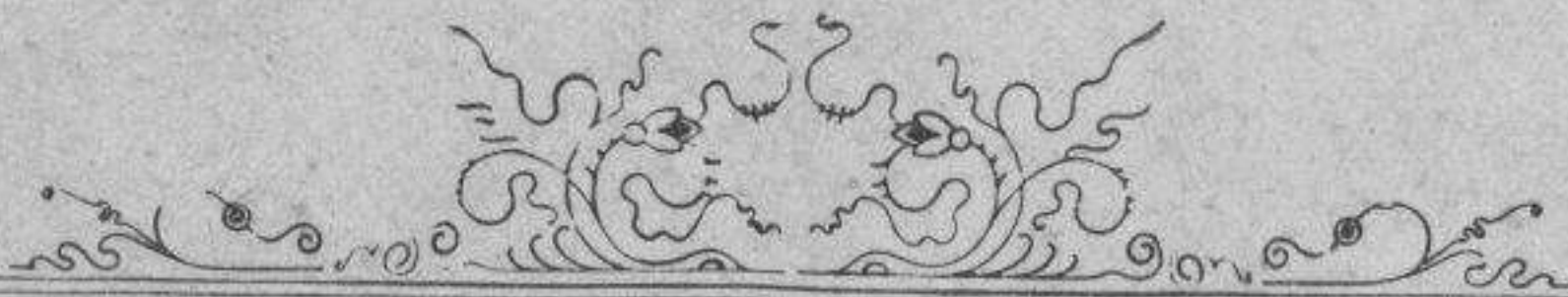
Ref. 1050
HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Año VIII * Barcelona 7 Enero de 1897 * Núm. 320

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

NÚMERO EXTRAORDINARIO



Palique

En su sección titulada «Ojeó», ó sea caza de gazapos, *Gedeón* me caza á mí éste:
«Que opino que todos los hombres somos hermanos... Maceo, inclusive.»

Pues, hijo; ese gazapo no es mío. Es de Nuestro Señor Jesucristo.

A no ser que *Gedeón* haya descubierto el verdadero Evangelio, en que se diga:

«Todos somos hermanos... menos Maceo.»

Sea como fuere, resulta que *Gedeón* salió de caza... y trae colgado del cinto nada menos que al *Agnus Dei*...

Buena figurilla para la *G.* de *Gedeón*.

* * *

También dice el gracioso semanario que creía que yo sólo tenía un hermano, don Genaro Alas.

Pues no, señor; según la carne, tengo otros dos, además.

Y según el Evangelio, tengo una infinidad de ellos: *Gedeón*, *Piave*, *Calínez*, *Maceo*, *Carulla*... ¡qué sé yo!

Yo no tengo la culpa. Son cosas de Su Divina Majestad.

* * *

Bremón sigue á matar con los sabios.

Hace tiempo que trae entre ceja y ceja á los filólogos que no aprenden lenguas asiáticas y de Oceanía para pedir de almorzar en tales idiomas, sino para penetrar las leyes del lenguaje humano.

Y como el arma de *Bremón* es el cachorrillo, digo, el chascarrillo, les descerraja éste á los lingüistas:

—«Usted, que entiende tanto de idiomas, ¿me podría servir de intérprete?»

—Todos aglutinadas sur mai caput. Mi not hablando nesuno: moa not ricorda cual estuviéndose il mio natural.»

Lo más gracioso en estos disparates, es que *Bremón* quiere figurarse á un hombre que sabe *muchas lenguas*, y las confunde.

Y lo que prueba es que los *esfuerzos filológicos* de *Bremón* no pueden pasar del español y del inglés y el italiano... de sainete.

Pero, además, debiera darle vergüenza publicar *esas cosas* en un periódico tan digno de mayor formalidad y cultura.

* * *

No sé quien es un señor Martínez Ruiz que escribe artículos de costumbres en *El País*; pero quien quiera que sea, tengo el gusto de decirle que, en mi humilde opinión, si publica muchos trabajos como el titulado «Mi crítico», acabará por merecer que se vea en él una de las pocas esperanzas de nuestra literatura satírica. El final de su semblanza es un rasgo de verdadero ingenio; y lo que se lee entre líneas en todo el artículo demuestra que Martínez Ruiz tiene más enjundia literaria que muchos *afamados* escritores festivos que hacen alarde de no tener pizca de substancia.

* * *

Habrá quien diga:—¡Hombre, no hay críticos tan ridículos como ese!...

¡Pues no ha de haber!

Por supuesto, que se trata de críticos de teatros.

De otra cosa, apenas los hay, entre la clase de *monos sabios*. Los periódicos, con pocas excepciones, no dedican á la sección bibliográfica ningún *chico*, porque los sueltos de ese género vienen hechos de casa del editor. Muchas veces se reconoce en el estilo del bombo, el estilo del libro. Alguna vez, por complacer á un amigo, ó por *pegar un palo* á un enemigo, el *chico* de la *prensa* escribe un artículo bibliográfico. Pero esto es de Pascua á Ramos. Lo que les gusta es ser críticos de teatros, con *butaca abierta*. Los hay que toman muy en serio el *sacerdocio*, y, para ayudar el natural ingenio, leen dos ó tres retóricas y unas cuantas comedias francesas, y á veces ¡habrá sabios! hasta los prólogos del teatro de Dumas, hijo.

* * *

Acaba de aparecer uno de la clase, graciosísimo. A éste le da por lo clásico. Firma Gil Blas de Santillana, y dice á veces «¡Válame Dios!» y ya con esto se cree más castizo que los Argensolas.

Tiene una especialidad. La de empezar por el principio; esto es, por el *despacho de billetes*. Cree que la jurisdicción de la crítica alcanza á la reventa y á la contaduría. Les arma camorra á los revendedores y á las empresas, porque suben los precios los días que

repican gordo; y con el mal humor de esta disputa del *pórtico*, entra en la sala de butacas... y ¡zas! descarga el primer palo sobre el infeliz Galdós, v. gr., como si se tratara del célebre *Pájaro* ó cualquier otro revendedor ilustre.

Mucho, mucho se incomoda porque no le gusta al buen Gil Blas de Santillana... *soi disant*, la *Fiera*. ¡Esto es un abuso! viene á decir. ¿Por qué se ponen en escena obras tan malas de hombres como Galdós y Feliu y Codina, y no se lee siquiera la de los chicos que empiezan?

¿Qué, ahí le duele? ¿Es Gil Blas algún estudiante gallego de los que traen las alforjas cargadas de comedias?

Sea ó no, que esto no nos importa, lo que él dice es que el autor de *Doña Perfecta* no tiene derecho á escribir cosas menos perfectas.

Pero ¿de veras cree Gil Blas... *Furioso* que es una obligación del que rara vez le ha dado gusto á él escribiendo, escribir siempre de modo que le agrade?

¿Hay el derecho de exigir á los autores que acierten siempre?

¡No, infeliz! Ni una vez siquiera. Aciertan si pueden. Pero ¡qué han de tener esa obligación!

Usted sí que tenía obligación, ya que se las echa de crítico, de saber que es un desatino hablar de un *hombre sancionado* por la fama, y de autores *sancionados* por el público.

Cualquier revendedor puede decirle á usted, aprenda usted lo que es sancionar, y después hablaremos del precio de las butacas.

* * *

Y no es Gil Blas sólo quién se queja de que Mario y la Guerrero no leen siquiera las comedias de los principiantes.

¡Injusticia! gritan muchos; y atribuyen á eso el que falte savia nueva en el teatro.

Ea; pues hagamos un trato.

Las comedias que no tienen tiempo á leer la Guerrero, Mendoza y Mario, envíenmelas á mí los principiantes que se quejan. Yo las leeré (¡cuántas he leído, manuscritas y *todo!*), y las que me parezcan dignas de ser representadas, les prometo á los señores poetas que serán leídas y estudiadas por Mario ó la Guerrero y su digno esposo.

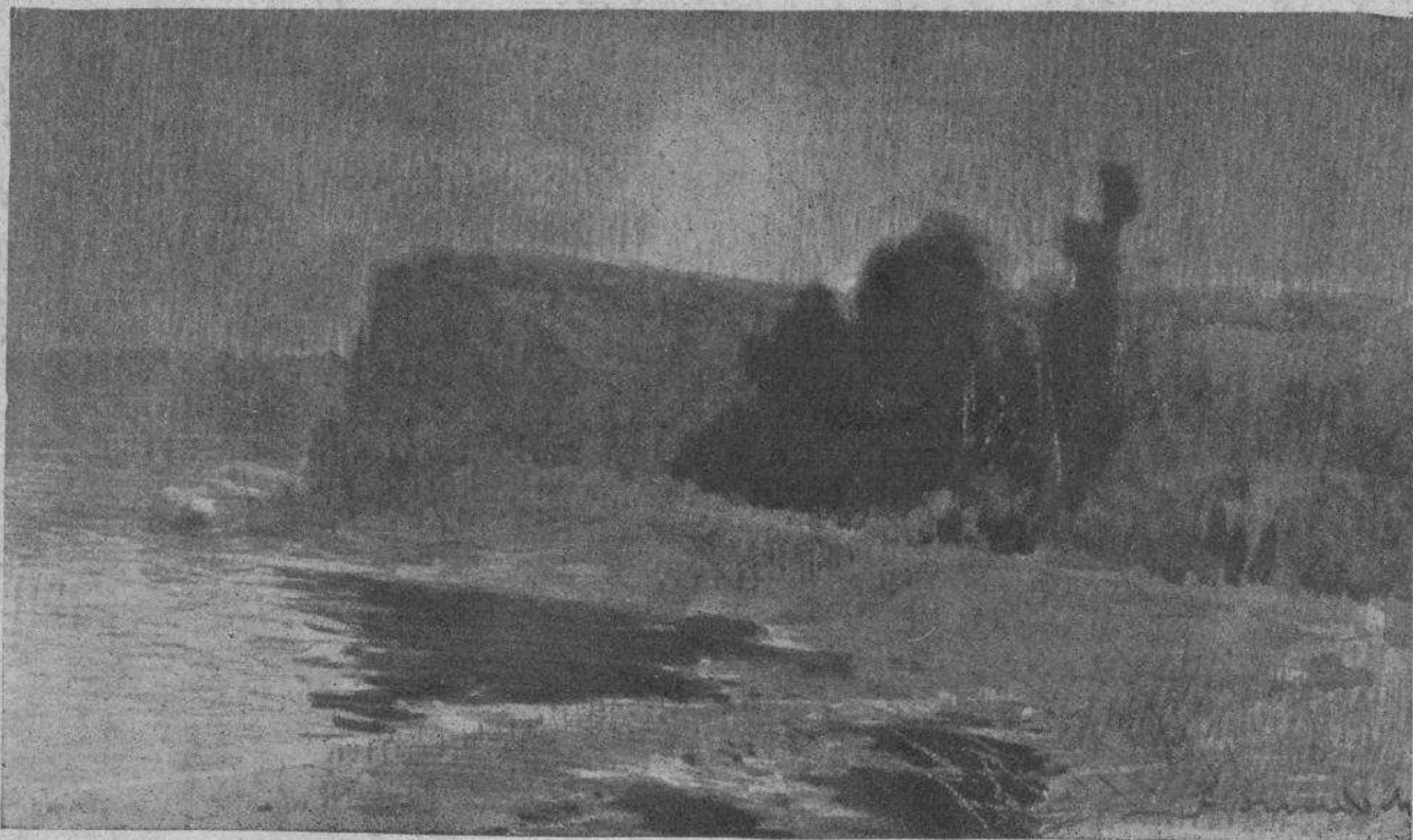
Es promesa formal.

Ahora, que es muy posible que yo hile más delgado todavía que Mario y Mendoza y la Guerrero.

* * *

Ya lo sabe el airado Gil Blas de Santillana; si tiene algún *Cerco de Viena* entre pecho y espalda, que venga á mí ese cáliz; y como no haya allí ningún personaje *sancionado*, y la cosa sea buena, le ofrezco que le aplaudiremos en la *Comedia* ó en el *Español*... al precio del despacho.

CLARÍN.



TRIADÓ.—Noche de luna

F. GÓMEZ SOLER



Alta goma en el Liceo



NONELL. - En el Parque

El Rey Melchor

Si á ustedes les dijera yo que en otro tiempo tuve el honor de conocer y de tratar al Rey Melchor, al rey negro, al mismo que durante la noche del 5 al 6 de Enero se encarama por los balcones, con sus augustos colegas Gaspar y Baltasar, para distribuir juguetes, golosinas y chucherías á los niños buenos ¿qué responderían ustedes?

Probablemente que soy un fantaseador y un embustero.

Y sin embargo, nada más cierto: al Rey Melchor le he tratado durante varios años y hasta intimé con él y le hablaba de tú, que es ya lo último que se puede hacer con un monarca.

*
* *

Su verdadero nombre era Nicolás y en sus buenos tiempos había ejercido funciones diametralmente opuestas á las de una testa coronada. Era un negrazo enorme, de atlética estatura, cabezota de gigante y sonrisa de niño. Había nacido en un ingenio de Cuba y casi toda su existencia se deslizó apacible y tranquila en el seno de la familia antillana á cuyo servicio habíase consagrado. Bondadosísimo, activo, diligente, de una lealtad rara, de una honradez supina, adorando en sus dueños que tenían en él una confianza ilimitada, Nicolás era á un tiempo mayordomo, criado, cochero, niñera y sobre todo amigo, amigo cariñoso y queridísimo, que tuteaba á todos los de la casa: á don Salvador á quien había visto nacer, á su esposa doña Matilde, y á los dos hijos de estos Pancho y Lolita, á quienes había servido de ama seca y de quienes no acertaba á separarse ni un momento.

Los niños le idolatraban; con nadie se encontraban mejor que con aquel coloso de inagotable complacencia, esclavo, siempre dócil de sus caprichos que se prestaba á todas sus infantiles voluntades y que sabía mimar á sus señoritos con delicadezas exquisitas y arrullos de madre. Y la mayor parte del día se lo pasaban subiéndole encima de sus rodillas, sobándole, exigiéndole que jugase con ellos. La niña, especialmente, sentía por Nicolás un afán que llegaba á darle celos á su propia madre, y jamás por las noches cuando el sueño empezaba á doblar sus párpados hubiese consentido en dormirse como no fuera sobre las rodillas del negro. Cogíala éste amorosamente, mecíala con orgullosa ternura entre sus brazos de cíclope, entonaba á media voz, una voz de bajo profundo apagada, una canción criolla y cuando la chiquilla quedaba dormida transportábala él con exquisito cuidado á su camita. Y al pie de ésta permanecía todavía un buen rato mirando dormir al angelito, dilatadas las anchas y negras facciones por una sonrisa ufana que abría su boca

de oreja á oreja. Luego se alejaba con precaución suma, haciendo esfuerzos para que su inmensa mole hiciere retemblar lo menos posible el pavimento.

Cuando estalló la pasada insurrección en la Antilla, vino don Salvador á España con los suyos y ocioso es añadir que con ellos se vino el negro.

Durante algunos años todo fué bien. Nicolás veía crecer y desarrollarse á los chicuelos y nadie le hubiese quitado de la cabeza la firmísima persuasión de que en Barcelona no había un par de criaturas tan hermosas, tan gallardas é inteligentes como Panchito y Lolita.

Pero de súbito la desgracia se desplomó con brutal ferocidad sobre la familia cubana. Una noche la niña cayó enferma: declaróse al siguiente día una enfermedad terrible, contagiosa y tras una semana de angustiosos sufrimientos Lolita sucumbió, precediendo solo detrás en la tumba á su hermano que, víctima del contagio, tampoco tuvo fuerzas para resistirlo.

Si los padres vertieron lágrimas de sangre, Nicolás no pudo verter ninguna: quedóse como petrificado. Su pobre cabeza no acertaba á comprender la posibilidad de una catástrofe semejante y se pasaba las horas enteras inmóvil, con los ojos dilados por un estupor indecible, sumido en un embrutecimiento que nada bastaba á sacudir.

Doña Matilde era de un temperamento enfermizo y nervioso: la muerte de sus hijos debía ser sólo para ella prólogo de su próximo fin; al cabo de un año justo y cabal la pobre madre fué á reunirse con aquellos pedazos de sus entrañas.

—Nicolás, ya estamos nosotros dos solos y abandonados en el mundo,—dijo don Salvador estrechando entre sus brazos al fiel servidor.

Y éste que en el espacio de aquellos doce meses había envejecido espantosamente y visto sus negros y crespos cabellos tornarse blancos como la nieve, rugió como una fiera herida y se dejó caer al suelo sollozando convulsivamente.

Pasaron dos años más y don Salvador murió á su vez. Nicolás, al echar una mirada en torno suyo creyó comprender que el universo se había convertido para él en un inmenso cementerio.

—Mira, Nicolás,—le dijo un primo de don Salvador y heredero de sus bienes,—yo me vuelvo á Cuba; lo mejor que puedes hacer es venirte conmigo.

El negro le contempló con asombro: cual si le hiciesen una proposición absurda.

—¿Irme yo con su merced? —exclamó moviendo la cabeza,—eso no es posible: ¿quién quedaría aquí para cuidar de la tumba de los amos y de los niños?... ¿quién rezaría sobre ella?... ¿quién les pondría flores?...

Nicolás había quedado independiente, libre y casi rico: un legado de su difunto amo le aseguraba una pensión mensual de cincuenta pesos.

Entonces se fué á vivir en una modesta habitación sita en un barrio obrero. A poco tiempo todo el mundo le conocía y todo el mundo le



GALOFRE OLLER. — Acuarela

adoraba; los niños en especial. No parecía sino que el corazón del negro henchido de ternura repartía ahora entre toda la chiquillería de la vecindad todo aquel cariño que antes atesoraba para Pancho y Lolita. Nicolás no se hallaba bien más que entre la gente menuda, y su pisito era el punto de reunión de una caterva de mocozueros que le consumían las dos terceras partes de sus rentas en regalitos de toda especie.

Y ningún espectáculo era más grato y tan conmovedor como el de ver á aquel hércules de ébano encorvado por los años y por los pesares, de crespas y nevadas cabellera, rodeado por un enjambre de niños y de niñas que se agrupaban en torno suyo y se disputaban sus mimos y le hacían mil perrerías y le obligaban á contar cuentos: cuentos magníficos, de la tierra de Cuba, como él solo se sabía y que relataba con su voz de bajo profundo. Aquellas horas eran las únicas de verdadero gozo que tenía todavía el pobre Nicolás: junto á la infancia, su rostro, bañado de intensa melancolía, adquiría una expresión satisfecha y sonriente.

Pero cuando echaba Nicolás el resto á sus larguezas era al llegar la época de Reyes. Gastábase entonces un dineral en comprar regalos para sus favoritos y no había niño pobre en toda la calle que al amanecer el día 6 de Enero no encontrase en el zapatito algún recuerdo de los *regios visitantes*. Y todos estaban en la firme persuasión de que el verdadero donador era el Rey Melchor, que por ser negro como lo era el señor Nicolás, atendía á los ruegos y poderosa intercesión de éste. Y era en efecto, un personaje gigantesco, negro, el que la noche de Reyes penetraba en las moradas obreras, cuando los chiquillos dormían y después de un animado conciliábulo con los padres distribuía el abundante contenido de un enorme cesto lleno á rebozar de baratijas.

* * *

Pero una noche,—tres ó cuatro después de la de Reyes,—se supo en el barrio que el Rey Melchor, conforme le llamaba ya la gente, estaba malo, muy malo, muriéndose. Y pocas horas después, los niños menos medrosos pudieron contemplar con mirada llena de pavor, á su gran amigo Nicolás inmóvil, tendido el gigantesco cuerpo sobre unas tablas, en torno de las que ardían amarillentos blandones.

JUAN BUSCÓN.

Playeras

M. RODRÍGUEZ CODOLÁ

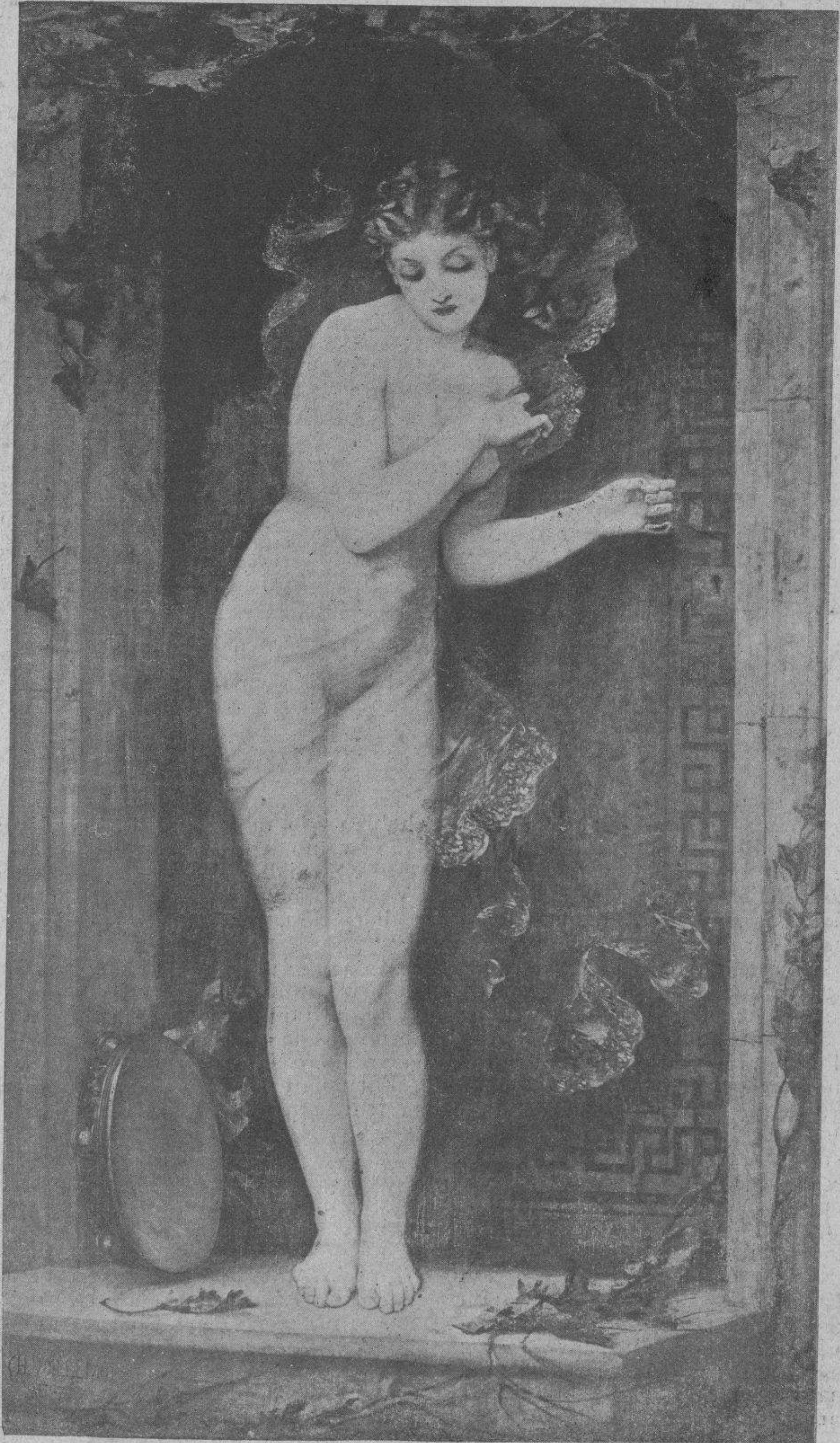


Santanderina

Baje á la playa la dulce niña,
Perlas hermosas le buscaré,
Deje que el agua durmiendo ciña
Con sus cristales su blanco pie.
Venga la niña risueña y pura,
El mar su encanto reflejará,
Y mientras llega la noche oscura,
Cosas de amores le contará.
Cuando en Levante despunte el día
Verá las nubes de blanco tul,
Como los cisnes de la bahía,
Rizar serenas el cielo azul.
Enlazaremos á las palmeras
La suave hamaca, y en su vaivén
Las horas tristes irán ligeras,
Y sueños de oro vendrán también.
Y si la luna sobre las olas
Tiende de plata bello cendal,
Oirá la niña mis barcarolas
Al són del remo que hiende el mar.
Mientras la noche prende en sus velos
Broches de perlas y de rubí,
Y exhalaciones cruzan los cielos,
¡Lágrimas de oro sobre el zafir!
El mar velado con tenue bruma
Te dará su hálito arrullador,
Que bien merece besos de espuma
La concha-nácar, nido de amor.
Ya la marea, niña, comienza;
Ven, que ya sopla tibio terral;
Ven y careyes tendrá tu trenza,
Y tu albo cuello rojo coral.
La dulce niña bajó temblando,
Baño en el agua su blanco pie;
Después, cuando ella se fué llorando,
Dentro las olas perlas hallé.

JUSTO SIERRA.

C. VOILLEMOT



La Cigarra



Á los veinte años

El castillo de Thierstein

Los antepasados del señor de Thierstein habían sido nobles, bravos, justicieros; su último descendiente, el dueño del castillo situado en uno de los parajes más bellos y poéticos de Suiza, era un hombre frío, egoísta y cruel. Se había casado cuando sus cabellos empezaban á encanecer con una joven bella y pura, llamada Margarita, á la que sus padres habían sacrificado, uniéndola á un sér aborrecido, matando su corazón para que tuviese mayor fortuna y posición brillante.

El señor de Thierstein amaba á su esposa y comprendía que no era correspondido. Sospechaba que ella quería á otro y la hacía espiar continuamente, ofreciendo una gruesa suma al que le diese pruebas de la traición de su mujer. Sus favoritos, dos ó tres caballeros que tenía en su compañía, fueron los primeros de quienes sospechó y los alejó de su lado; no tardó por lo tanto mucho tiempo en hallarse sin amigos.

Una noche clara y fría de otoño, el señor Thierstein fué advertido por uno de sus servidores de que Margarita había salido secretamente con una de sus doncellas, tomando el camino de la vecina ciudad.

—Yo la sorprenderé, se dijo.

La joven se había dirigido, en efecto, hacia el lugar designado por el espía, donde un hombre embozado en una capa la estaba esperando.

—¿Qué deseas de mí, Carlos?—le preguntó ella.

—Margarita—contestó él—estoy perdido y tú puedes salvarme. He tenido una reyerta con varios amigos á propósito de una mujer á quien quiero y á la cual ellos insultaban; nos hemos batido, he matado á uno y herido á otro. Es preciso que huya y que no sepa nadie donde voy; por eso no me he presentado en mi casa. Dame dinero para emprender un viaje largo, del que no volveré hasta que pueda rehabilitarme; mis padres te lo pagarán después. Para eso te he escrito entregando mi carta á tu doncella con gran sigilo, porque si tu marido lo sabe, me delatará; el muerto es hijo de su amigo predilecto.

Carlos era hermano de Margarita, ella le quería con ternura, así es que le entregó todo el dinero que contenía su escarcela y las hermosas joyas que llevaba.

—¿Quieres más?—le preguntó.

—No, por ahora me basta. Que el cielo premie tu bondad. Júrame que no dirás á nadie que me has visto.

—Te lo juro, Carlos.

—Así podré alejarme tranquilo.

Los jóvenes se abrazaron, y en aquel momento llegó el señor de Thierstein que no pudo conocer á aquella distancia á su cuñado.

—¡Infame, perjura!—exclamó al hallarse junto á su esposa.—Por fin tengo la prueba de tu maldad. Te castigaré como mereces.

La cogió de un brazo y la llevó al castillo, donde la preguntó quien era su amante. Ella contestó que se engañaba, pero que no podía revelar su nombre. Interrogada la doncella, declaró que el caballero que hablaba con su señora era Carlos, pero le pareció tan inverosímil que Margarita lo hubiese callado, siéndole fácil justificarse, que el irritado esposo no la creyó.

—Te encerraré en este castillo—dijo Thierstein á la joven—un carcelero de mi confianza te guardará, los demás le abandonaremos como una casa maldita.

Era difícil hallar aquel carcelero de su confianza; los unos amaban el oro y podía comprárselos, los otros eran jóvenes y podían rendirse á los encantos de Margarita, los otros demasiado viejos y podían engañarlos.

Al fin creyó haber encontrado lo que buscaba; era un paje que había querido con toda su alma á una dama que le habia vendido luego por otro.

Desde entonces no había vuelto á ver á ninguna mujer, siendo invencible el odio que todas le inspiraban. Y era muy joven, casi un niño, pero habían matado su alma cuando empezaba á sentir, y en ella no había ya ni amor, ni ternura, ni piedad. Casi no conocia á su señora; cuando el señor le dijo qué misión iba á confiarle, la aceptó sin contrariedad, pero sin apresuramiento.

El castillo fué cerrado, los servidores partieron á otro, el señor á un lejano país sin anunciarlo á ningún individuo de su familia. Margarita quedó prisionera en una habitación con su doncella, y en otra se instaló el paje Luciano. La pobre joven lloraba día y noche su desventura, sin que sus lágrimas ablandasen el corazón del mancebo que la creía culpable. El no miraba siquiera aquel rostro pálido y bello, entraba con los ojos bajos, dejaba sobre una mesa las provisiones que llevaba y no alzaba la vista hasta que cerraba la puerta de la prisión. Así pasaron algunos meses.

Una tarde, al presentarse Luciano y preguntar á Margarita, como de costumbre, si necesitaba alguna cosa, extrañando no obtener respuesta, miró maquinalmente hacia la cautiva, quedando al punto fascinado por su maravillosa hermosura. La señora de Thierstein dormía, habiéndola rendido los continuos insomnios y los crueles sufrimientos.

Un nombre se escapó de sus labios, era el de su marido, y al pronunciarlo, no había en su acento ni cólera ni rencor.

—¿Será inocente?—se preguntó Luciano.

CARLOS DURÁN.



Lilia la de los cabellos rubios



¿Se puede entrar?

todos los bienes de la tierra. Y conforme pasaba el tiempo, la pasión crecía, se desarrollaba, llegaba á su colmo.

Hacia ya dos años que la hermosa Margarita se hallaba prisionera, cuando una noche el paje la declaró su amor; ella no le escuchó ofendida; acaso correspondía á aquel sentimiento, pero no se lo reveló y le dijo que la dejase algunas horas para reflexionar.

Fuera del castillo, la noche era triste y sombría, y poco después estalló una furiosa tormenta. Margarita, en su soledad, tenía miedo y rezaba. De pronto sintió que se movía el pavimento, que los escasos muebles caían, que ella misma se sentía vacilar, luego escuchó un horrible estruendo como si el mundo entero se hubiese desquiciado.

—¡Sálvame, Virgen santa!—exclamó—si me libras de este peligro que no conozco, pero que presiento, juro consagrarme para siempre á tí.

Y entre tanto Luciano, en su estancia, pedía al cielo que salvase á su adorada Margarita.

Cuando cesó aquel estruendo, el joven intentó salir; la puerta de su cuarto no cedía á sus esfuerzos, y destrozando sus manos fué como logró hacerse paso. ¿Qué había pasado allí? Un horrible terremoto había echado abajo el castillo; por todas partes no había más que escombros y ruinas. Cubierto de sudor, de sangre y de polvo, llegó á la casa más cercana y pidió algunos instrumentos para librar á Margarita de su prisión. Era preciso aprovechar la soledad de la noche para salvarla; al saber la catástrofe que le privaba de su mejor castillo, podía volver el señor de Thierstein y entonces todo estaba perdido para ellos.

No era fácil empresa llegar á aquella habitación, acaso había sido de truída como el

Se propuso observar más á la joven y ser menos duro con ella que hasta entonces.

Margarita se despertó poco después, y el paje la habló afectuosamente. Por la doncella supo lo que había ocurrido entre Carlos y su hermana, y no dudó fuese cierta aquella historia. Poco á poco Luciano visitó con más frecuencia á su señora, se contaron sus penas y se consolaron mutuamente con dulces frases y halagüeñas esperanzas.

—Tengo un favor que pediros —le dijo un día la dama.

—¿Qué quereis, señora?—preguntó él.

—La libertad...

—¿Qué decís?

—La libertad para mi doncella. La pobre niña no es responsable de mis penas, y éstas aumentan al verla encerrada aquí.

—Yo no os dejaré jamás — exclamó ella.

Pero Margarita insistió; la dijo que así podría trabajar para que su familia la libertase, y la muchacha una noche se despidió llorando de su ama, y salió del castillo por la única puerta de la que Luciano tenía la llave.

Quedaron solos la dama y el paje; ella le agradecía las deferencias que la tenía, él la amaba con una pasión pura y vehemente. Incapaz de vender á su señor y satisfecho por otra parte de la dulce intimidad que entre ambos jóvenes existía, no hubiese cambiado su vida de entonces por

resto del edificio; apartando piedras, maderos, muebles y hierros, cuanto se oponía á su paso, el paje se vió al fin junto al cuarto de su amada. ¡Oh prodigio! el destructor terremoto lo había respetado. Margarita, derramando dulces lágrimas se dirigió hacia su libertador que cayó á sus pies, cubriendo de apasionados besos sus manos.

—¡Huyamos!—exclamó Luciano.

Sacó á la joven en sus brazos, y un rato después se hallaban en libertad. Resignado y conmovido escuchó el paje la resolución de su amada, que se retiró poco después á un convento, siguiendo su ejemplo algo más tarde Luciano. En sus sagradas viviendas no pudo perseguirlos el celoso marido; que acaso no creyó en aquella asombrosa salvación, suponiendo que habían muerto el uno y el otro, aunque no se habían hallado sus cuerpos entre los escombros.

El que hoy visita las ruinas del castillo de Thierstein, *más imponentes*, dice un escritor, *por las tradiciones de poder, esplendor y fuerza que á ellas se refieren, que por su aspecto, que parecen reasumir la antigua historia de la comarca*, puede ver la prisión de Margarita y el cuarto de su carcelero, salvados milagrosamente del terremoto de 1756.

JULIA DE ASENSI.

A mi hijo

Si sufres, que mis consejos
En tu pecho se conserven.
Nunca adules al dichoso,
Nunca al infeliz desprecies.
A la virtud y á la ciencia
Inclina sólo la frente.
Trabaja, que esa es del hombre
Sobre la tierra la suerte,
Y no hay un pan más sabroso
Que el que el sudor humedece.
Del magnate los favores,
Hijo mío, nunca anheles;
Ni pidas al poderoso
Ni al desventurado niegues.
No cambies tu independencia
Por efímeros placeres,
Que sólo dejan hastio,
Desesperación y muerte.
En el silencio, en la calma
Del estudio, únicamente
Hallarás los dulces goces
Que la existencia embellecen.
Cada verdad que conquistes

Es una joya esplendente
Que ni el tiempo deteriora
Ni el mundo robarte puede.
Si la fortuna enemiga
Acaso tu frente hiere,
A sus golpes inhumanos
Nunca jamás te doblegues.
Jamás bajo la desgracia
Te abatas ni desesperes,
Tu dignidad humillando
O no haciendo lo que debes;
Que es el bien sumo del hombre
Estar bien consigo siempre,
Presentándose ante el mundo
Sin que nada le avergüence.
Conserva en tu corazón,
Hijo, mis palabras fieles,
Evocando mi recuerdo
Cuando del mundo me aleje;
Porque no anhele más dicha,
Más riqueza, más laureles,
Que hijos que honren mi memoria,
Y un nombre sin mancha lleven.

JOSÉ MARÍA VIGIL.



CARLOS LANDELLE.—Reveil

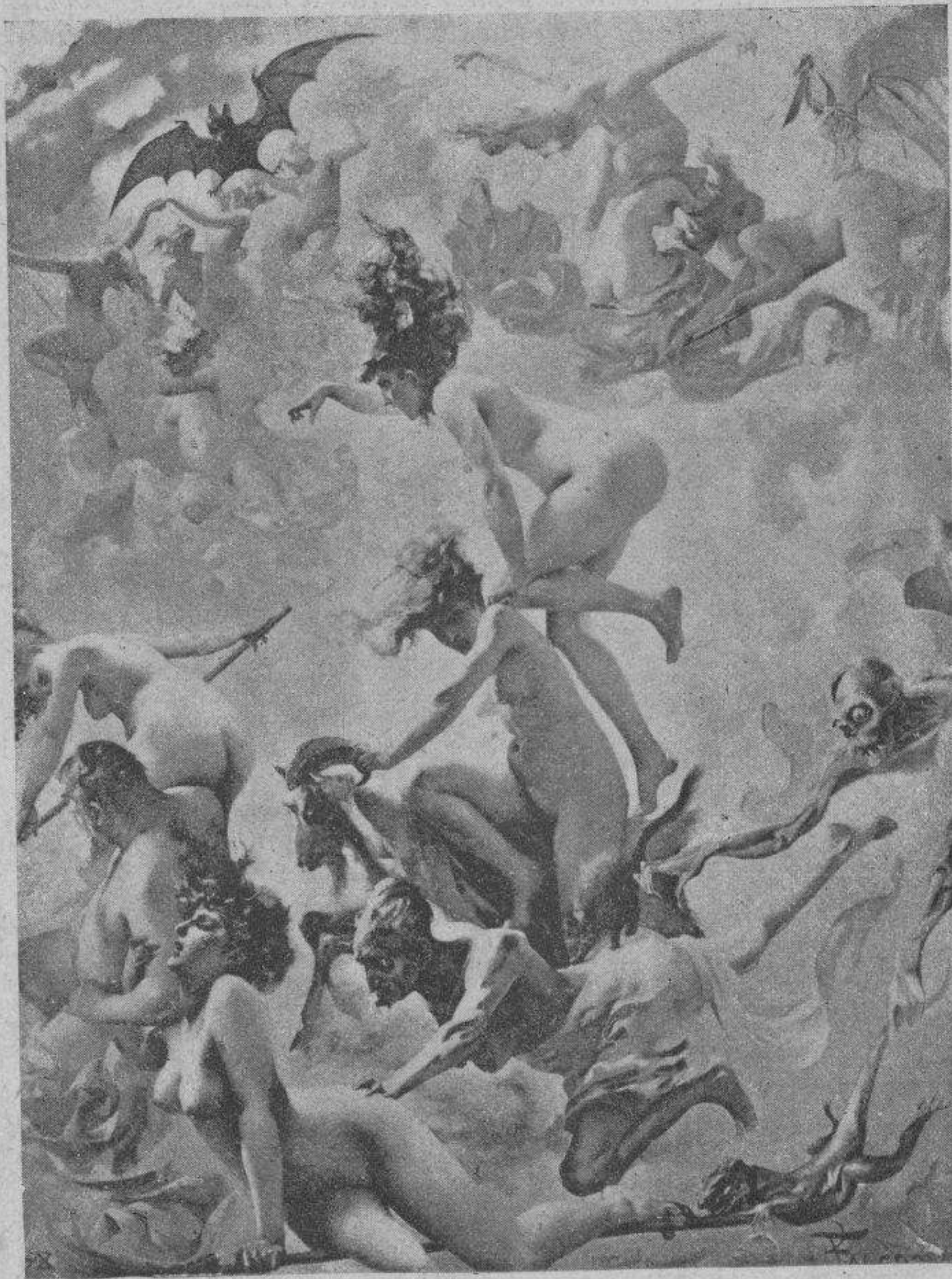
Con los ojos cerrados

Ya me disponía á despedirme del conde, en cuya casa señorial había pasado quince días, cuando Antonio, dando un golpe sobre la mesa:

—Buena está mi memoria—dijo.—Iba á dejarte marchar sin que vieras la verdadera joya del castillo.

—¿Aun hay más maravillas?—objeté recordando todos los refinamientos de la civiliza-

FALERO



Camino del aquelarre

ción moderna con que el arte y el buen gusto habían suavizado las asperezas de aquella mansión feudal enclavada en uno de los más abruptos riscos de la provincia de Santander.

—Sí; es decir, rectifico. Hay una sola; porque todas estas chucherías vaciadas en molde para dar á cada salón el tono del vecino, ¿qué son, comparadas con las manifestaciones del genio, únicas en su esencia y exclusivas en la forma?

Y así diciendo me condujo al oratorio, modelo de arquitectura lombarda, en cuyo ábside y entre seis cirios consagrados á la Reina de los cielos por la piedad de la condesa, se elevaba una imagen de la Virgen del Rosario.

—Ahí la tienes—adujo señalándome la escultura y revelándome el nombre del autor, una de las más legítimas glorias del cincel nacional contemporáneo.

—¡Rara perfección!—exclamé contemplando aquel verdadero prodigio, é instintivamente caí de rodillas en el suelo, bajé la cabeza y murmuré una plegaria.

Al incorporarme hallé al conde delante de mí mirándome con una sonrisa de compasión acompañada de un ademán de cortés respeto.

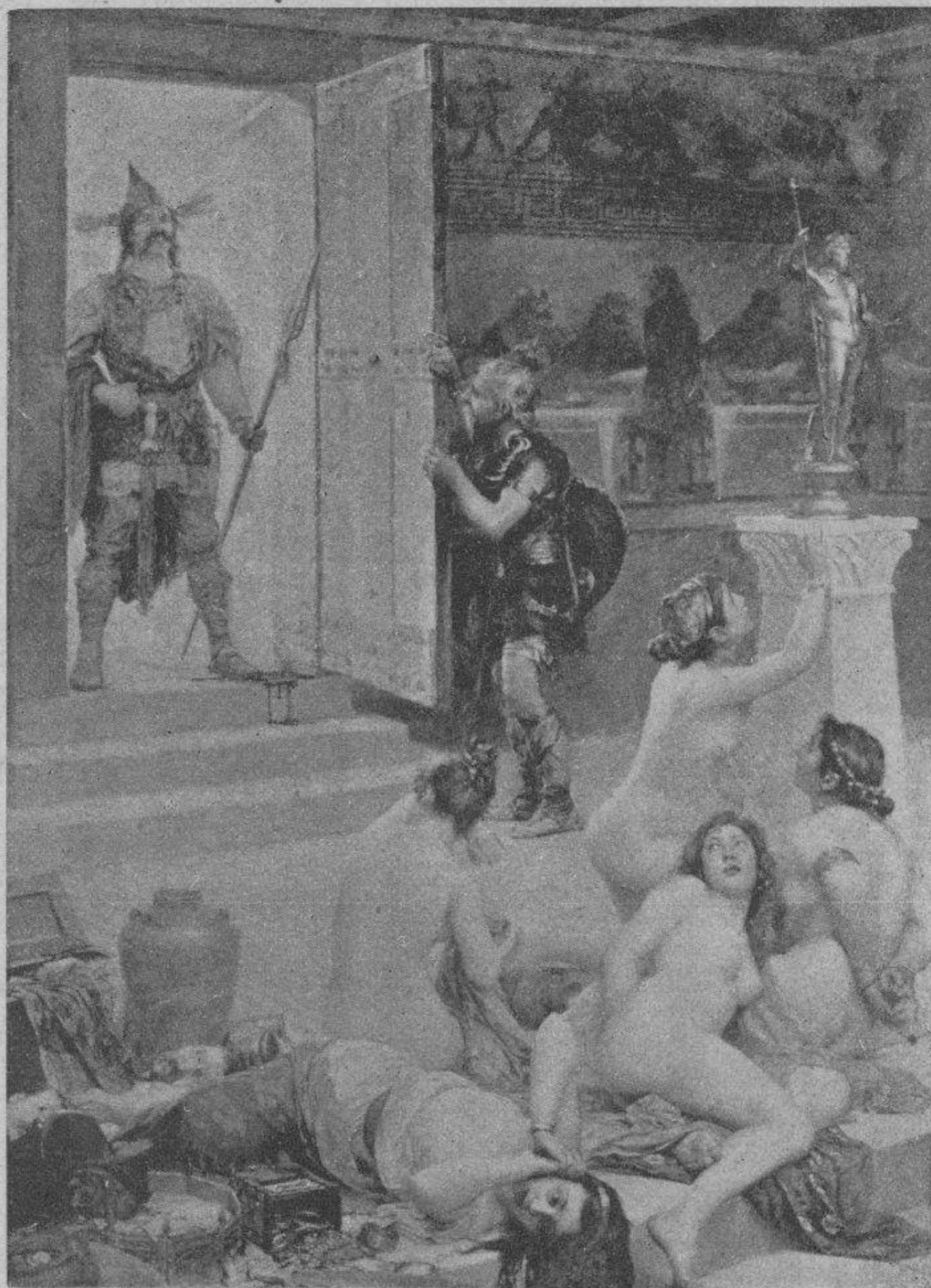
—¿Rezas?—fué su pregunta.

—Sí—le respondí sencillamente.

—Haces bien en cerrar los ojos para elevar tus preces—prosiguió;—porque con ellos abiertos, la realidad estibaría tus creencias.

—¿Eres incrédulo?—balbuceé con acento inseguro.

P. G A M I N



El botín

—No. Creo en la Providencia y en todos los dogmas de nuestra religión; pero te confesaré que las imágenes resultan contraproducentes para mí.

—¿Iconoclasta?

—Sí; y de esta escultura en particular.

—¿Por qué motivo?

—Porque conozco su historia; y sólo la ignorancia de lo sublime puede despertar la fe. ¡Qué abismo no media entre el sagrado culto del sacerdote por la imagen y la familiaridad del sacristán con los ornamentos de la iglesia!

Espoleada mi curiosidad por aquella disertación, Antonio tomó así la palabra:

—Deseando la condesa consagrar la capilla á la Santa Patrona de su nombre, me propuse realizar su propósito de una manera digna de la intención. Conocida te es la fama del artista que ejecutó la obra. Ni regateé ni le tasé el tiempo; no compré su trabajo, premié su numen. Cierta día, cuando ya el escoplo había abocetado las formas, paseábame

LOS SOBERANOS DE LA TIERRA



S. M. el rey de Italia



S. M. la reina de Italia



Último día de Babilonia (detalle)

yo por el encinar y eché de menos un árbol notable que, por encerrar una triste recordación, me proponía hacer destruir. Era una encina á cuyo pie se había defendido tenazmente y con alientos de fiera un famoso malhechor de la provincia, á quien al cabo logró dar muerte un intrépido gendarme atravesándole el pecho de un bayonetazo, que le clavó al tronco como el alfiler clava al insecto sobre el cartón del entomologista. Juzgando que hubiera prevenido mis deseos, interrogué al guardabosque: su respuesta fué que en virtud de mi autorización para escoger la madera, el escultor se había llevado la encina. De modo que en las venas de ese venerando busto circula la sangre del foragido, absorbida por las vetas del leño. ¡El crimen constituido en objeto de veneración! Cierra los ojos.

Preñudí con un gesto de lástima la refutación que iba á formular; pero el conde, saliéndome al encuentro:

—No he concluído—adujo—y prosiguió así: Remordiéndome la conciencia de que mi familia pudiera llegar á prosternarse con religioso fervor ante aquellas cruentas salpicaduras, corrí á casa del artista decidido á evitar la profanación. Era tarde; las inciertas líneas del boceto estaban ya acusadas con tal fuerza de genio, que entonces temí profanar al arte destruyendo una de sus más perfectas inspiraciones.

—¿Qué musa ha invocado usted para realizar ese prodigio?—inquirí poseído de entusiasmo.

—No sé si algo vale—repuso el escultor;—pero de todos modos es el trasunto fiel de la naturaleza.

—¡Cómo!—repliqué atónico.—¿Existe semejante modelo?

No había terminado mi frase, cuando la puerta del estudio se abrió con estrépito; y una criatura, en cuya mirada estaba escrita la procacidad y en cuyos ademanes se adivinaba la desenvoltura del pecado, penetró en la estancia. Sin miramientos á mi presencia, ni interrumpir la canción báquica que venía modulando, abrazó lascivamente al artista, é indicándole la imagen con un movimiento irrespetuoso de cabeza:

—Y bien, Pigmalión—dijo.—¿Hoy no la has besado como ayer, creyendo que mis carnes palpitaban bajo la madera?

Era su querida; esa parte esencial de las grandes concepciones artísticas donde germina el numen, para así como del lodo brota la flor, hacer surgir del amor vicio la virtud genio.

«Que nadie rece ante esa bacante», fué mi primer impulso; pero la admiración iba arrancando gradualmente concesiones á mi entereza, y acabé por sucumbir trayendo á la memoria á Rafael y al Ticiano, que han puesto de rodillas al mundo entero en las basílicas cristianas ante los trazos de la Fornarina y Laura de Dianti.

—Me das lástima—interrumpí abarcando toda la extensión de la desventura de mi amigo.

—Déjame poner fin á mi relato—adujo Antonio.—Aquella desgraciada mujer compartía su existencia entre la ruda labor y la holganza. Cuando carecía de pan, bordaba en oro para adquirir con qué alimentar sus pasiones; el día de la opulencia su sensualismo derrochaba las abstinencias de la víspera, desafiando al mañana con su porvenir de hambre y su amenaza de trabajadora honradez. Ella fué la encargada de confeccionar el espléndido manto de esa imagen. Una noche de orgía que necesitaba un vestido con que despertar los deseos de cierto amante desdeñoso, como la tarea de la hormiga hubiese sido insuficiente para la satisfacción de sus planes, la cigarra cogió un envoltorio, y tarareando su canción peculiar, dirigióse á uno de esos antros donde, antítesis incomprensible, el pobre se desnuda para tapar su desnudez; y el ropaje de la Virgen y la camisa de la meretriz durmieron juntas en casa del prestamista. Arrodíllate y ruega.

—¿Y por qué no? Todo es profano y deleznable cuanto nos rodea; pero se purifica con la bendición del sacerdote. Donde la mano ungida se levanta cae la bendición del cielo.

—Es verdad; sin embargo, el sacerdocio tiene también sus dolorosas excepciones. Pocos, rarísimos, contados son los ministros del altar que dan al olvido la sublimidad de su ministerio; pero el que lo desatiende lo hace con encarnizamiento tal, que no parece sino que se ensaña por vengarse de lo irrevocable de su torcida vocación. Uno de éstos, mundano, de conciencia simoníaca, de condición prevaricadora, sujeto hoy á las disciplinarias leyes de la iglesia, es el que bendijo la imagen que has adorado. Reza tú, si puedes. A mí la razón me lo impide.

—Eres digno de compasión—repuse.

—Tal vez.

—Quieres hermanar el raciocinio con la creencia, la realidad con la abstracción, lo percedero con lo infinito. A ti te hace falta una inmensa tribulación para sentir la necesidad de pedir algo de lo que el mundo no puede darte.

En aquel punto el mayordomo de mi amigo penetró en la capilla con el rostro desencajado y las manos cruzadas en actitud suplicante.

—¿Qué ocurre?—preguntó Antonio presintiendo alguna infausta nueva.

—Corra usted, señor—tartamudeó el pobre viejo.—La niña se ha caído de una ventana.

—¡Hija mía!—exclamó el conde con un grito desgarrador.

Quiso moverse; pero estaba petrificado. De pronto cedieron sus rodillas y cayó sobre el ara, diciendo:

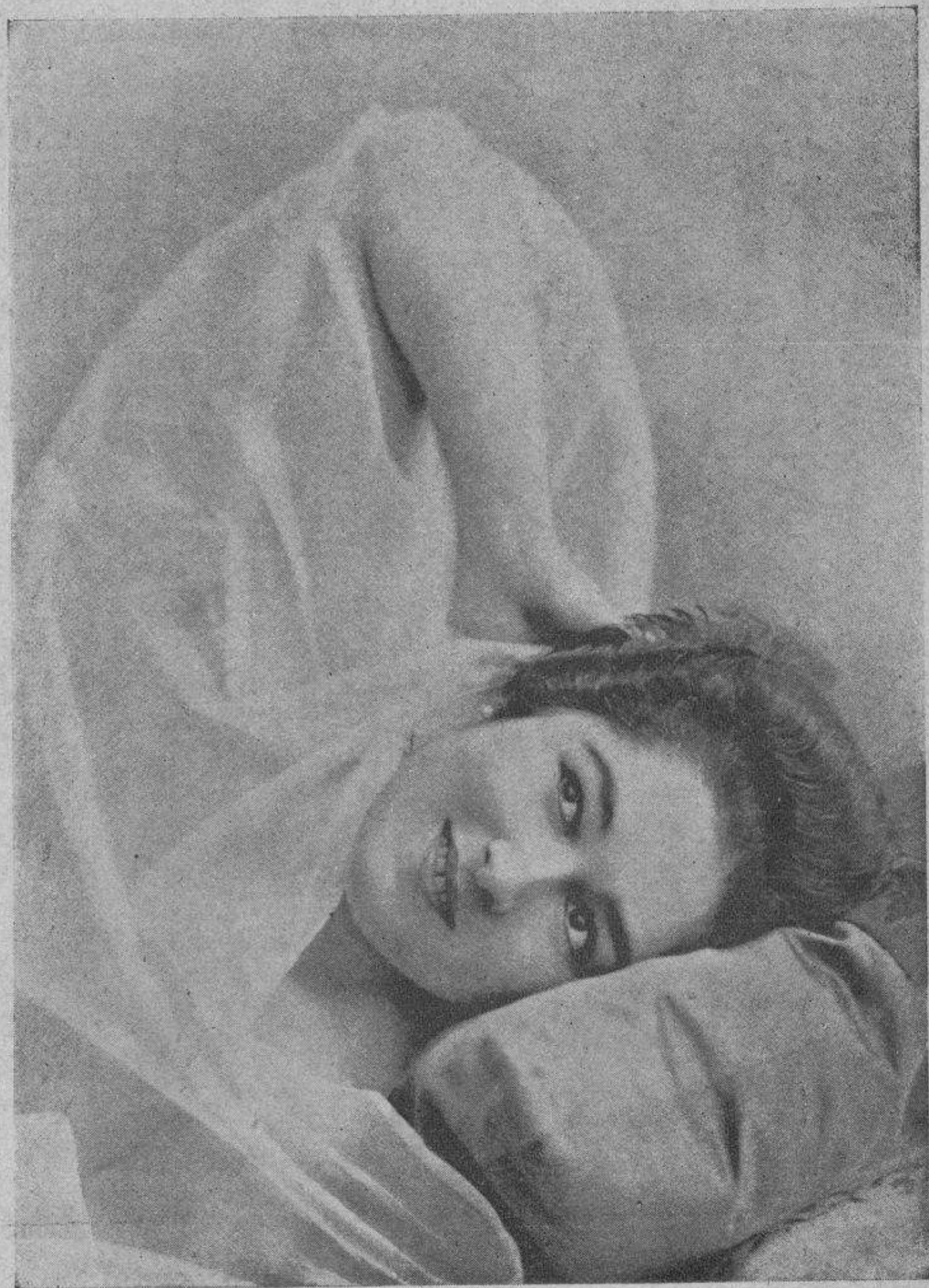
—¡Virgen santa! No me la quites.

Inclinó la cabeza, entornó los párpados y entonó una plegaria. Yo me arrodillé á su lado, recé en silencio y deslicé en su oído estas palabras:

«Ya eres desgraciado; ya eres creyente.»

Hay que cerrar los ojos á la materia para abrir el espíritu á la fe.

ENRIQUE GASPAR.



Mlle. JUNOIRI



El regreso



Peregrina



Flores de convento

Hojas

I

Amaba mi corazón,
Y mi corazón vendieron;
Más «perdona» le dijeron
Y ¿cómo no perdonar?...
Mi corazón sollozaba,
Sangrando estaba la herida,
Y le dijeron «olvida»,
Pero no pudo olvidar.
«Entre el perdón y el olvido
»Hay una distancia inmensa;»
»Pude perdonar la ofensa
»Pero olvidarla..... jamás.»

II

Vuelve á mi corazón, queda escondida,
Ilusión imposible de mi vida,
Ternura de poeta, pasión loca.....
Si no has de ser dichosa ni creída,
Vive en mi corazón, calla en mi boca.

III

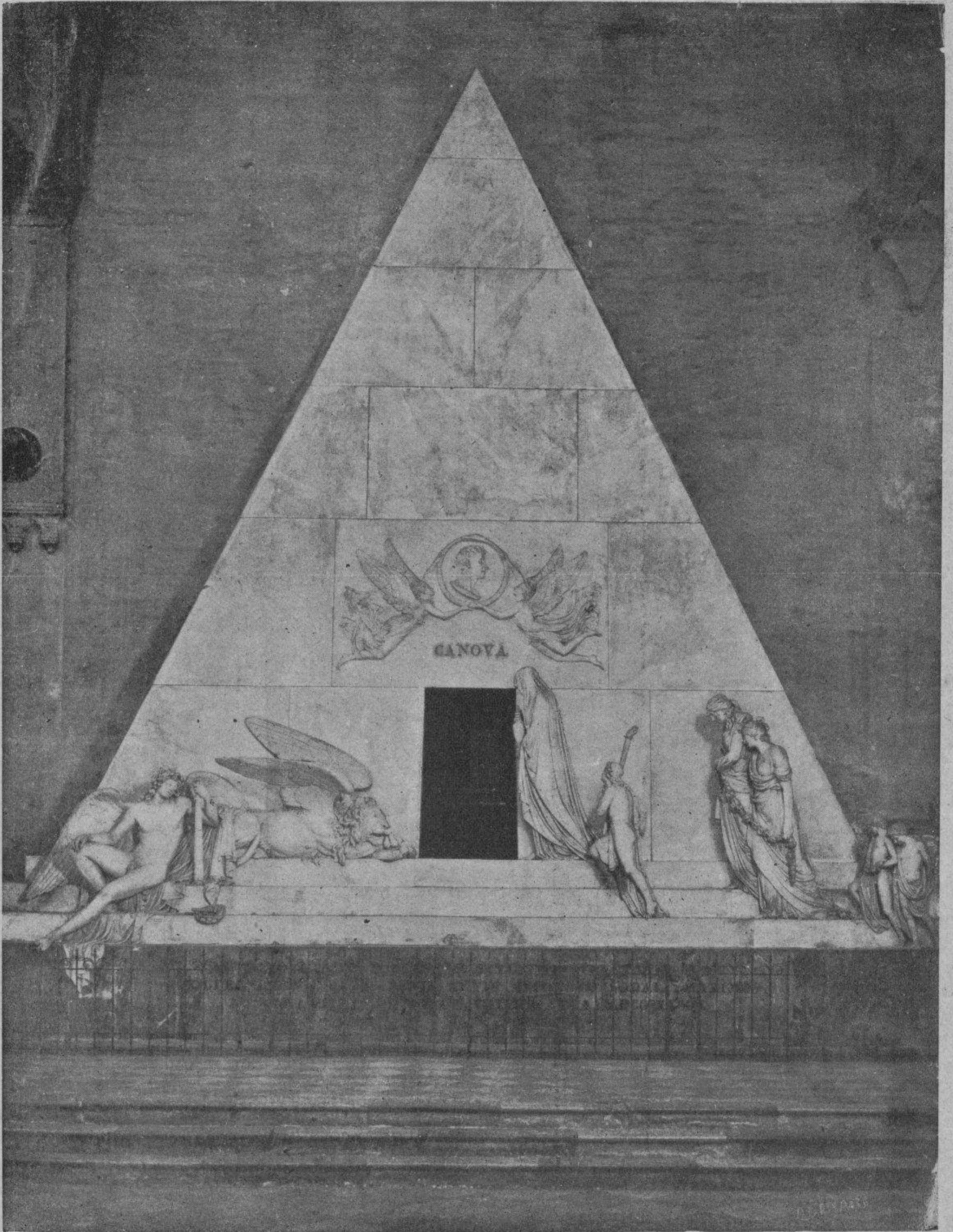
Así es la vida. Niebla pasajera
Que cruza vagabunda por la esfera

Deshaciéndose en vaga lontananza;
Y nuestra dicha, frágil é indecisa,
Un suspiro que pasa con la brisa,
Y un sueño nada más nuestra esperanza.

IV

Allá cuando era joven, el alma en primavera
Soñando ya en amarte, mi dulce compañera
Se desbordaba en flores
Y músicas de amor.
El aura de la vida ungió mi cabellera
Con el celeste aroma de la esperanza en flor.
Entonces una noche..... el cielo nos veía
Con sus miradas de astros; la bóveda sombría
Era un inmenso templo;
El sacerdote, Dios.
Ante él tu fe me diste, ante él te dí la mía.
Quedaron desposadas las almas de los dos.
Pero hoy la noche es negra. La bóveda enlutada
Es una inmensa tumba..... Murió mi desposada
Y mi alma con la suya
Muriendo se llevó.
El templo está desierto, la lámpara apagada....
¿Quién llora en las tinieblas?... ¿Aun puedo llorar yo?

MANUEL M. FLORES.



VENECIA.— Monumento á Canova en la iglesia de Frari, diseño del Modesimo

Páginas rusas

Un juez hábil

El emir de Argel, Bauakas, quiso averiguar por sí mismo si era cierto que en la capital de la provincia había un juez dotado de tan extraordinaria habilidad que infaliblemente descubriría la verdad, no habiendo ningún bribón que hubiese logrado darle gato por liebre.

Bauakas se disfrazó de mercader y se dirigió á la ciudad en que residía el juez. Al entrar en la ciudad, un pordiosero se acercó al emir pidiéndole una limosna.

P. PEEL



Gemelos

Bauakas le dió unas monedas, é iba á seguir su camino, cuando el pordiosero lo detuvo.

—¿Qué quieres? ¿No te he dado limosna?

—Me has dado limosna, pero hazme el favor de llevarme en tu caballo hasta la plaza de la ciudad, para que los camellos y los caballos no me estropeen.

El emir hizo subir á la grupa al mendigo y así llegaron á la plaza; detuvo Bauakas al caballo, pero el mendigo no se apeaba.

—¿Por qué no te apeas? Vamos, bájate, que ya hemos llegado.

—¿Por qué me he de bajar? Este caballo es mío. Si de buen grado no me lo das, vamos á que el juez dirima el caso.

La muchedumbre que les rodeaba, oyendo la discusión, gritaba:

—¡Id donde está el juez que todo lo pondrá en claro.

El emir y el pordiosero comparecieron ante el juez.

Antes que tocase su turno al emir, el juez llamó ante él á un sabio y á un patán. Ambos se disputaban una misma mujer.

El patán afirmaba que era su mujer, el sabio que era la suya.

Después de oírlos el juez, dijo:

—Dejad la mujer aquí y volved vosotros mañana.

Seguidamente entraron un carnicero y un aceitero. El carnicero estaba cubierto de sangre y el aceitero de manchas de aceite.

El carnicero tenía dinero en la mano y el aceitero sujetaba la mano del carnicero.

El carnicero decía:

—Yo he comprado aceite á este hombre, saqué mi bolsa para pagarle, cuando me agarró la mano para robarme el dinero, y hemos venido á tu presencia, yo teniendo mi bolsa y él agarrado á mi mano.

—Esto no es verdad—repuso el aceitero;— el carnicero vino á comprarme aceite, me pidió que le trocarse una pieza de oro, tomé la plata, de la que quiso apoderarse y huir, y entonces le cogí la mano y lo traje hasta aquí.

El juez respondió:

—Dejad aquí el dinero y volved mañana.

Bauakas, á su vez, refirió lo que le había acaecido con el pordiosero. El juez le escuchó y luego ordenó al mendigo que explicara el caso.

—Yo estaba á caballo—arguyó el pordiosero—cuando él me pidió que lo admitiese en la grupa para conducirlo hasta la plaza. Accedí y lo llevé hasta donde me dijo, pero se negó á descabalar, diciendo que el caballo era suyo, lo que es falso.



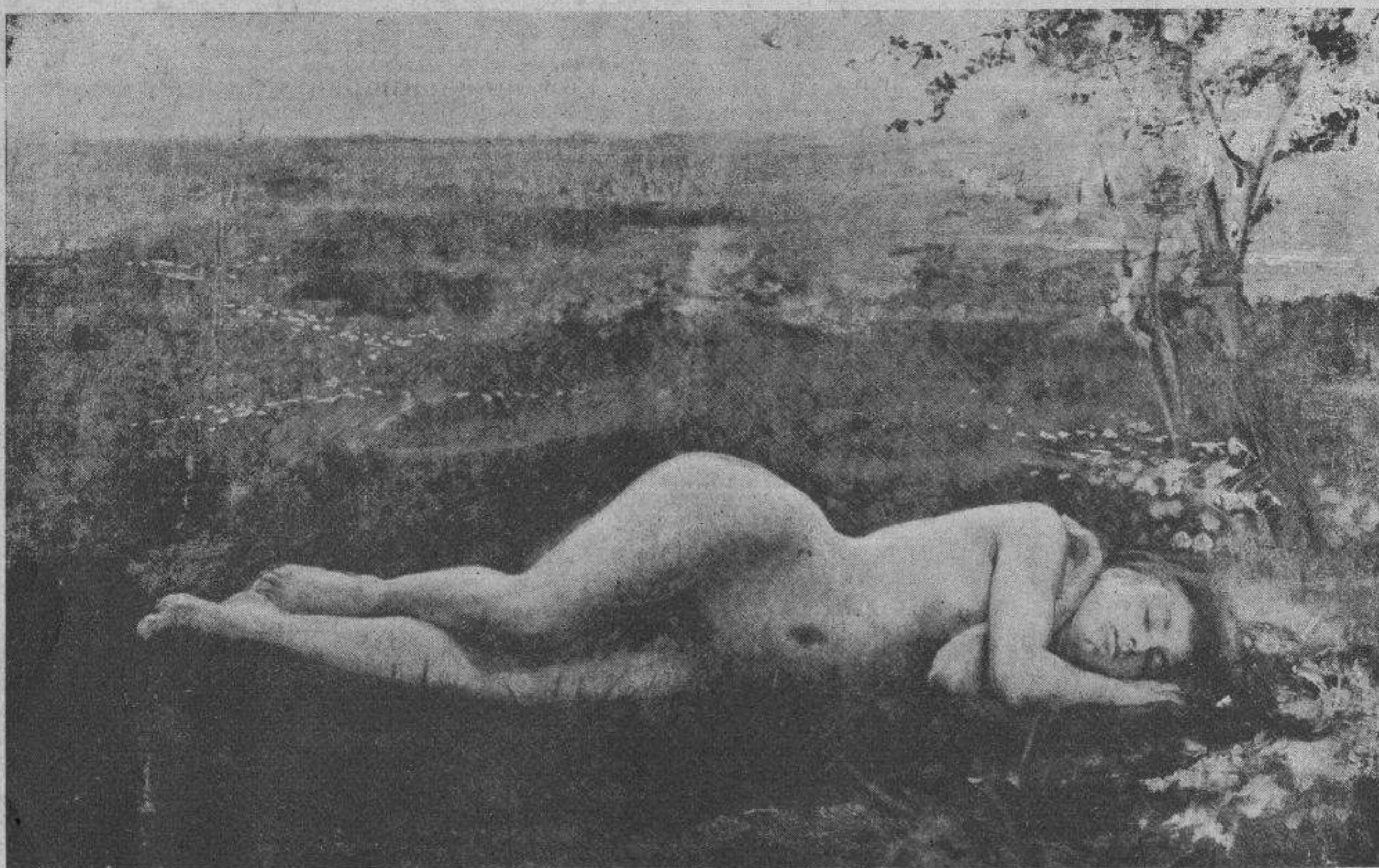
Estudio



MESTRE. — Paisaje

—Dejad el caballo aquí y volved mañana,—repuso el juez.
 Al siguiente día, inmenso concurso acudió á conocer las decisiones del juez.
 El sabio y el patán llegaron primero.
 —¡Vete con tu mujer!—dijo el juez al sabio—y que den al patán cincuenta azotes.
 Marchóse el sabio con su esposa y el patán sufrió su castigo ante el concurso.
 Después llamó el juez al carnicero.
 —El dinero es tuyo—le dijo—y señalando al aceitero, añadió: A ese cincuenta azotes.
 Llegó el turno de Bauakas y el pordiosero.
 —¿Reconocerías tu caballo entre otros veinte?—preguntó al emir.
 —Le reconocería.
 —¿Y tú?
 —También—repuso el mendigo.
 —Sígueme—dijo el juez á Bauakas.
 Se dirigieron á la cuadra; el emir reconoció en seguida su caballo entre otros veinte.
 Después el juez hizo ir al mendigo á la cuadra; le ordenó que señalase el caballo, y el

L. BARRAU



Rocío

mendigo señaló el mismo que antes había señalado el emir. Volvió el juez á su sitio, y dijo á Bauakas:

—¡El caballo es tuyo, tómallo!

Y ordenó que propinasen al pordiosero cincuenta azotes.

Cuando el juez se alejaba, Bauakas se dirigió á él.

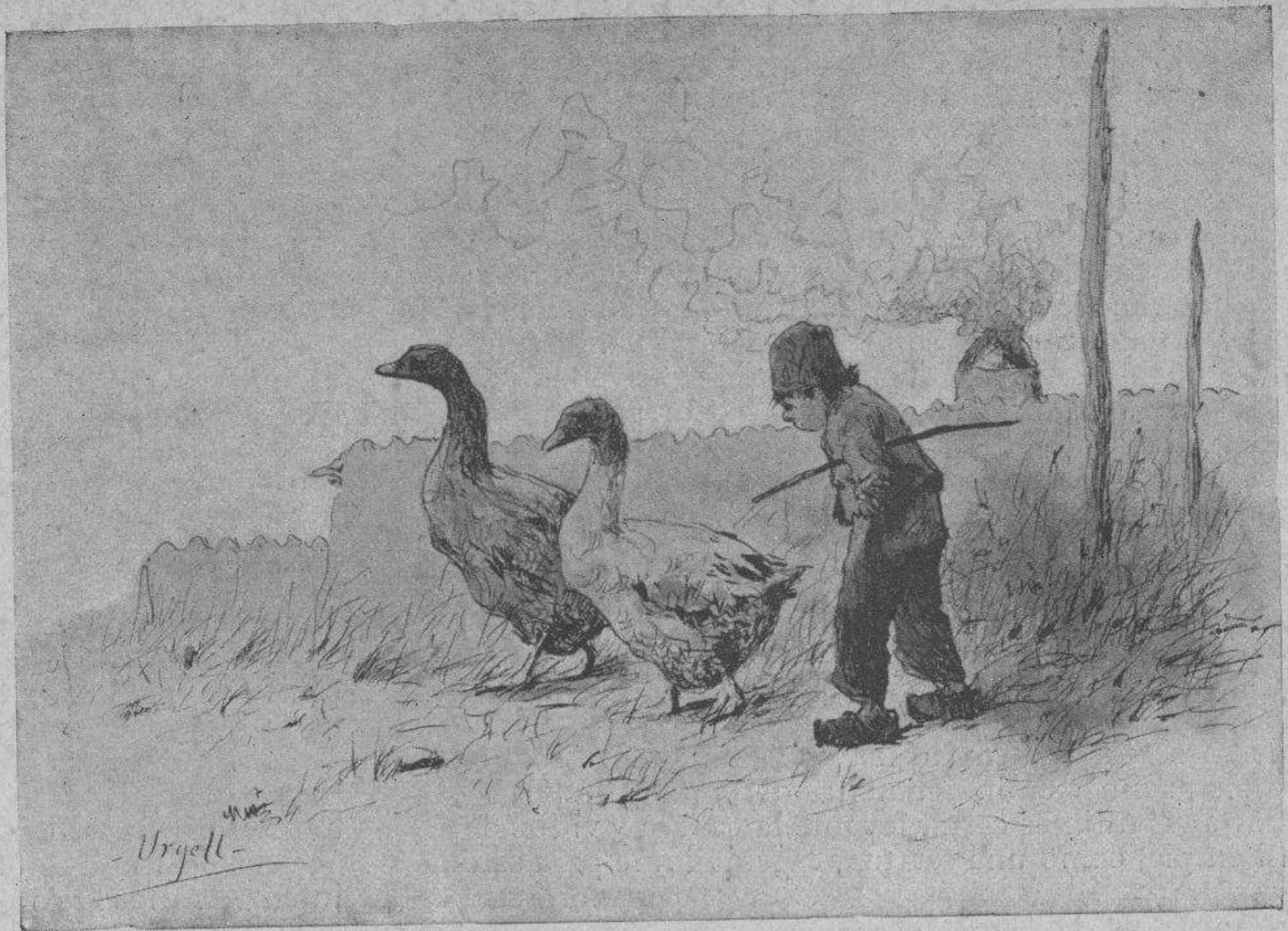
—¿Qué me quieres?—le dijo el juez.—¿Acaso estás descontento de mi sentencia?

—No, estoy satisfecho de todo—repuso el emir;—solamente deseo que me digas cómo has averiguado que la mujer era del sabio y no del patán, el dinero del carnicero y mío el caballo.

—En cuanto á la mujer del sabio la llamé esta mañana y le dije: «Echa tinta en mi tintero.» Tomó el tintero, lo limpió pronta y cuidadosamente y lo llenó de tinta; luego estaba habituada á esta labor. Si hubiera sido mujer del patán, ó cae en perplejidad ó hace un desaguisado. De ahí deduje que el sabio tenía razón.

En cuanto al dinero, lo hice depositar en una cubeta llena de agua, que observé esta mañana para cerciorarme si sobrenadaba el aceite. Si el dinero hubiera sido del aceitero, éste lo habría impregnado con el contacto de sus manos; como el agua permaneció limpia, el dinero no podía pertenecer sino al carnicero.

Por lo que hace al caballo, el caso era más difícil. El pordiosero reconoció tan pronto como tú el caballo entre otros veinte. Yo os sometí á esta prueba por ver solamente quién reconocía primero el caballo. Cuando tú te acercaste á él, el caballo volvió la ca-



URGELL. — Guardador de gansos

beza para mirarte, en tanto que cuando el mendigo lo tocó, bajó las orejas y encogió una pierna. Ya ves cómo averigüé que eras el legítimo propietario.

Entonces Bauakas le dijo.

—Yo no soy mercader, yo soy el Emir Bauakas. Vine aquí para averiguar si era cierto lo que de tí se decía. Quedo convencido de que eres un juez hábil y sabio. Pide, pues, lo que quieras.

—No necesito recompensas—respondió el juez—me considero bastante agraciado con la enhorabuena de mi emir.

LEÓN TOLSTOI.

Amoreitos

He visitado la casa aquella
en que vivieron mis ilusiones
y está muy triste desde que en ella
faltan tus risas y tus canciones.

¡Y si la vieras! ¡Nada ha cambiado!
Está lo mismo que estaba el día
que me dejaste desconsolado,
sin esperanzas, sin alegría...

Piando, tristes, porque no sales,
los gorriones por la mañana
repicotean en los cristales,
en los cristales de la ventana.

¡Y es su tristeza tan infinita,
y su amargura tan verdadera
cuando contemplan seca y marchita
aquella planta de enredadera!

Sin duda, dicen, que algo funesto
te impide verlos por la mañana,
¡y no se engañan si piensan esto
los pajaritos de la ventana!

¡Vuelve á mi lado! ¡Sé compasiva!
Vuelve á mi lado sólo un instante...
Quiero que sepas que, mientras viva,
por tí suspira mi pecho amante...

Yo necesito verte y oírte;
jurarte amores y que me creas...
Vuelve á mi lado para decirte:
¡Bendita seas!

José JUAN CADENAS.

CASAS



Apunte

Dos mujeres

I

Y puesto que mañana te vas, escucha. Estás solo; si tienes parientes, lejanos son y como si no los tuvieras. Aprende á vivir sin esperar que nadie te enseñe. Acuérdate de que eres huérfano. Sé honrado y laborioso. Déjate de enamoramientos y á trabajar. Tiempo llegará para todo. Supongo que me escribirás dándome cuenta de lo que te diga don Justo, de tus ocupaciones y de todo cuanto creas conveniente. El mismo que he sido, seré. Declárame, pues, con sinceridad lo que te ocurra. Y adiós, Felipe; retírate que mañana has de madrugar.

Esos eran los consejos que por centésima vez me repetía don Marcelo Villacastín, amigo íntimo de mi difunto padre. No se me olvidaba que nadie miraría por mí. ¡Pocas vueltas que le había dado yo á esa idea! Fija la tuve en la mente aquella noche que sería la última de mi estancia en el pueblo, y no pude pegar los ojos, porque el corazón se me oprimía y la cabeza parecía darme vueltas pensando en que pronto, muy pronto, vería otra luz y otro cielo y otras gentes. Después de algunas horas ¡sólo horas! adiós árboles y calles y casas de mi aldea... y adiós Araceli.

Dieron las cinco. Aún no amanecía. El mayoral de la diligencia llamó á mi puerta, vestíme en seguida y sentí que el pulso me temblaba, estaba tiritando. Cogimos el equipaje y nos pusimos en marcha. Las oscuras y desiertas calles parecíanme de cementerio. Al llegar á las últimas casas, levanté la cabeza y ví luz detrás de unos cristales. Allí estaba Araceli en pie, como una estatua, esperándome para saludarme por vez postrera. Lloraba la infeliz. Adiós, Araceli, quise decirla...

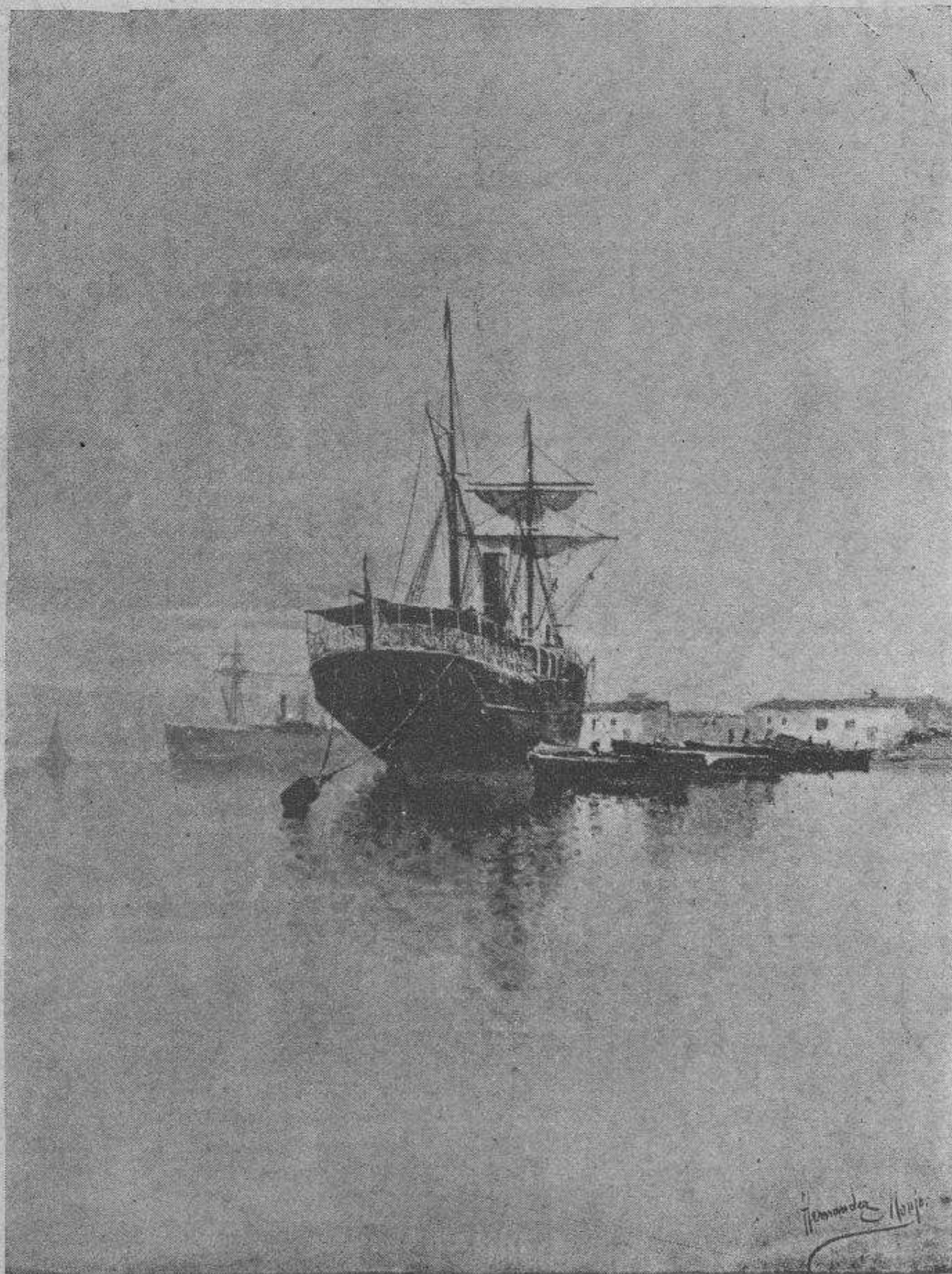
HERNÁNDEZ MONJÓ

II

Aquel don Justo era amigo del señor Villacastín y tenía la notaría más antigua de la ciudad.

Los primeros días no los pasé mal en mi colocación. Estaba en la luna de miel de la carrera, empezaba á vivir con independencia y ya representaba algo el no ser gravoso á nadie. Mas aquellas gratas impresiones desaparecieron luego, y la ciudad me pareció extraña, y desdeñosos los habitantes y hasta el sol me pareció triste. Los aires de la tierra natal entraron por el balcón de mi despacho, y como fotografías animadas, recordé la plaza y las calles que poco antes recorrí, y la figura de mi Araceli llorando detrás de unos cristales. Apoyé la cabeza sobre el expediente que tenía delante y me puse á llorar como un niño. Absorto en mis pensamientos no advertí la presencia de doña Micaela, esposa del notario. Me llamó para preguntarme qué tenía.

—Nada, señora; frío aquí dentro — dije señalando al pecho. Niñerías impropias de mi edad. Pero ¡qué quiere usted! hay cosas que no se



Marina



Tomando el sol

pertar sino el deseo, la admiración hacia ella; le agradó mi delicadeza de alma, no había visto sentir como yo sentía. En una palabra; era yo muy diferente que sus galanes.

Mis compañeros de oficina trataron de distraerme. Frecuentábamos reuniones, centros de instrucción y recreo; empecé á vestirme según mandaba la moda, tomé la palabra en algunas discusiones, y al cabo de un año había perdido la rudeza del lugareño; pero la nostalgia me visitaba con frecuencia; aún sentía el frío dentro del alma.

Como es difícil ocultar nuestros afectos, no faltó quien advirtiera el interés que doña Micaela sentía por mí, tal vez aumentado con la indiferencia que yo manifestaba. Pronto fui para amantes desdeñados el galán predilecto de la dama, si bien nos tenía sin cuidado la falsedad de tales suposiciones. Y así hubieran seguido las cosas, á no haberse mostrado don Justo celoso de su mujer. Con esos celos vino el martirio de dos mujeres: doña Micaela y Araceli.

El notario era mi protector, mi jefe, mi amigo. De haberme oído, terminara tanto padecer. Mas los celos le atormentaban y no podía apoyarse en ningún hecho concreto para probar mi ingratitude. Quise marcharme y no lo permitió. Tuvo miedo, al fin en su casa, podía verme á todas horas. Pero allá en mi aldea, otra mujer, mi Araceli, se deshacía en lágrimas creyéndose abandonada por mí, por su Felipe á quien ella amaba tanto! Todo lo sé, — me escribió, — ¿y no sientes remordimientos? Oh, ¡qué duro se te ha puesto el corazón, infame! ¿No te da lástima la mujer que

pueden remediar. ¡Y yo que no me asustaba de nada, ¡que me atrevía con todo, me veo vencido por... una pequeñez, por el cariño de mi tierra que no puedo olvidar. Me doy vergüenza, soy peor que un niño ¡pero... vamos que no puedo remediarlo!

Cosas de la vida. En aquella casa estaba triste cuando vivir en ella hubiera sido para otros el colmo de la felicidad. La esposa del notario... Oigamos á sus admiradores. «¡Vaya unos ojos que se traen las mujeres de España! Virgen del Socorro, ¡qué mujer! ¡Señora, váyase usted porque corta usted la respiración! Hermosa, ¿me deja usted encender el cigarro en la lumbre de sus ojos?»

Yo la miraba con indiferencia porque entre ella y yo estaba la sombra de mi dulce Araceli.

Y por lo mismo que no me fijaba en su belleza, siendo yo muy mozo, teniendo mi carrera de abogado y con mil ocasiones para des-

M. FORTUNY



Caricatura



TRIADÓ.— Paisaje

llora y suspira por ti? No tienes pena al pensar en estos ojos que no se abren más que para mirarte?

No, pena no sentía, sino vergüenza por mi insensatez, por mi falta de resolución. Esto se ha de acabar y se acabará, me dije, mañana mismo veré á mi Araceli á pesar del mundo entero.

III

Encontré á doña Micaela con la cabeza apoyada en las manos.

—Buenas noches, Felipe. Le iba á llamar á usted. Ese hombre no razona, y estoy sufriendo lo que usted no puede suponer.

—Me lo figuro. Y por lo mismo vengo á ver como podemos terminar este asunto. Mañana me voy.

—¿Se va usted? Ah, no; usted no se marcha. En tal caso sí que sería la amante de usted, y no quiero ni aun parecerlo. ¡Cosa más natural que el marido ofendido plante en la calle á un dependiente! Eso por lo menos. Por otra parte, él tiene miedo de que usted se vaya y la cuestión quedaba en pie. Nada, nada, usted seguirá aquí y mi marido que aprenda á ser prudente y á obrar como caballero. Si no lo hace, en el pecado lleva la penitencia.

—Sufre usted, y sufre otra mujer que es para mí como la virgen del altar, y tanto sufrimiento terminará muy pronto. Me voy. Dentro de tres días estoy de vuelta. Adiós.

Y á los tres días, entraba yo en casa de don Justo, dando el brazo á mi mujercita, á mi dulce Araceli, fresca como una rosa que abre sus pétalos para recibir los primeros rayos del sol.

F. GIRALDOS ALBESA.

Pesadilla

—Bella Irene, luz del alba,
la de los ojos de cielo,
la de talle escultrado,
la de dorados cabellos,
¿por qué estás tan pensativa?
¿qué tienes? ¿cuál es tu duelo?
¿quién causa tu desventura?
que he de atravesarle el pecho
por miserable... —Mi Irene
no me ocultes por más tiempo
tu pesar; no me lo ocultes

que verte dichosa quiero
y ansío alejar de ti
ese triste abatimiento
que te embarga y que á la vez
me llena de desconsuelo...
—¿No me escuchas, ángel mío?...
—Responde... —¡Voto al infierno
que no sé como entender
tan prolongado silencio!...
—Vagos temores me asaltan
mi sangre agitarse siento
y mil confusas ideas
se agolpan en mi cerebro...

—¿Por qué callas?... —¿Qué me marche?...
 —¡Entendido! Te molesto,
 te aburre ya mi cariño
 y quizá en este momento
 tu imaginación amante
 puesta está en otro mancebo.



¡Ingrata!... —¿Cómo?... ¿Callar?
 No, Irene, ¡ya te comprendo!
 ¡Hallas justos mis reproches!
 ¡Tienes ya remordimientos!...
 —Me voy, sí: pero te juro
 por mi fe de caballero,
 que tu infundado desvío...
 —¿Qué es lo que oí? ¿Será cierto?
 —¡Sólo mía! ¡Fué ilusión!
 ¡Fué tan sólo un dulce sueño!...
 —¿No?... —Perdóname, alma mía,
 si dudé de ti; los celos
 crueles me torturaban



é inhumanos consintieron
 que el alma te desgarrase.
 Perdóname, mi embeleso,
 y repítame mil veces
 que me idolatras... ¡Tu dueño!
 Que felicidad, ¡Dios mío!...

—Pero á comprender no acierto
 tu insistencia en que me vaya...
 —¿A qué callar? —Sí; lo quiero...
 —¡Casarte!... —¿Con don Gonzalo?...
 —¡Vive Cristo!... —¿Tienes miedo
 de que me espíen?... —No temas...
 —¿Matarme? Que vengan presto,
 que vengan por esta vida,
 que yo entregársela pienso,
 pero no sin demostrarles
 con ayuda de mi acero,
 que sabré morir matando
 por tu amor... —¿Qué es lo que veo?
 Un bulto se acerca, Irene,
 tus temores eran ciertos
 más nada temas, mi bien.
 piensa en mí, y tu pensamiento
 me dará bríos... —¡Adiós!
 Si en esta refriega muero
 para tí, Irene querida,
 será mi último recuerdo.

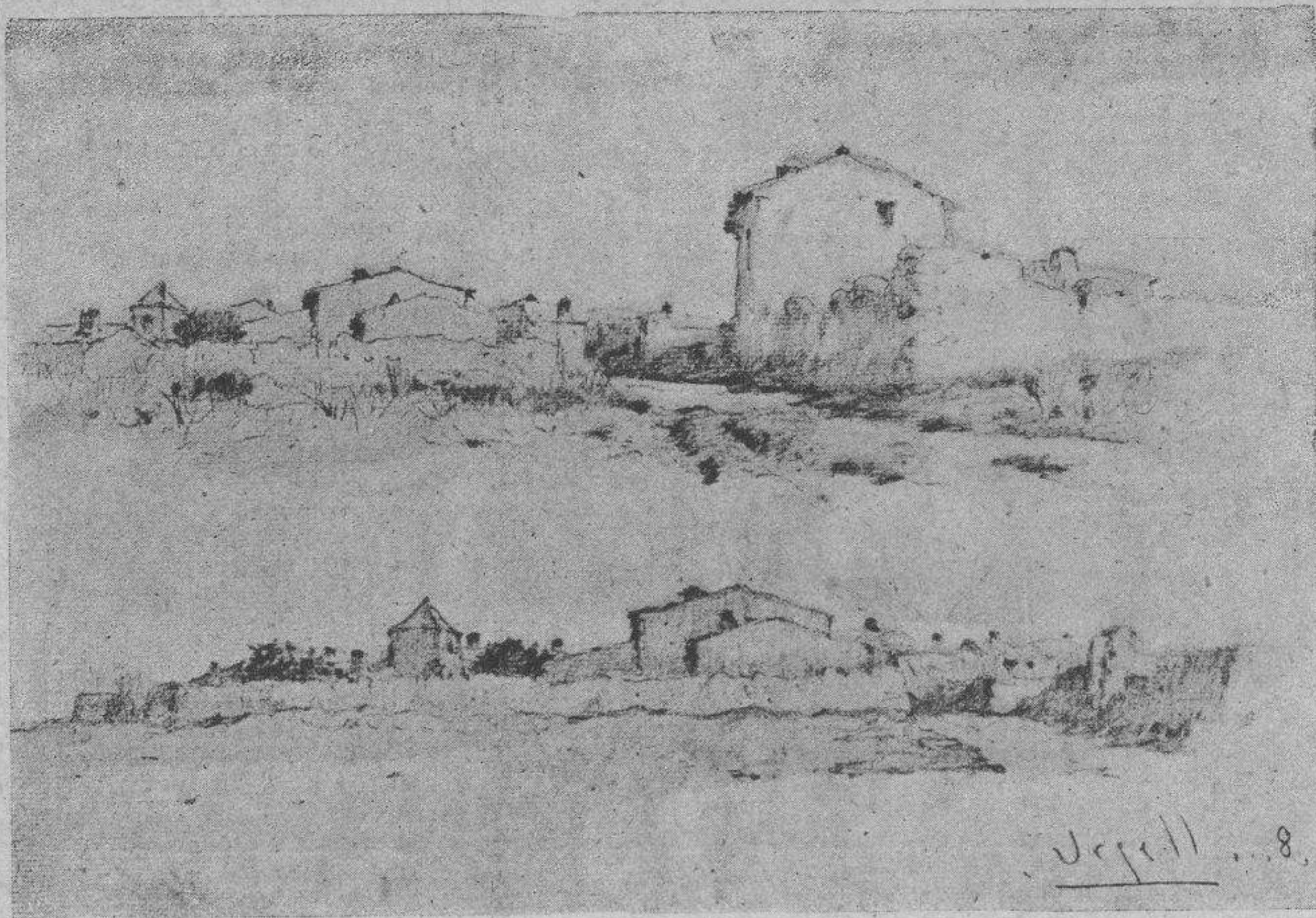
—Alto allá... —¿Qué es lo que quiere?...
 —El paso libre ó prometo
 que he de desollaros vivos...



—Lo dice quien tiene alientos
 para cumplir lo que ofrece
 si se empeña... —¡Voto al cielo!
 —Deslenguado, la tizona
 sacad que ya ardo en deseos
 de enviaros aquesta noche
 á cenar á los infiernos.
 —En guardia, pues, y al demonio
 encomendaos... —Sois diestro,
 mas de poco ha de valeros
 vuestra destreza... —¡Pardiez,
 que váis perdiendo terreno!...
 —¡Sois mío!... —¿Pedís ayuda?...
 —¡Cobarde! Por el infierno
 que aunque sois tres contra mí
 vais á morir como perros...
 —En verdad que ya me cansa
 tal pesadez... —Terminemos
 cuanto antes... —¡Mentecatos!
 ¿También á traición?... —¡Mi acero
 tronchado!... —¡Jesús me valga!

—¡Horror! Si no me despierto
 de seguro que á estas horas
 ya estaba en el cementerio.

VALENTÍN MOURO.



URGELL. — Apuntes

Nuestra reforma

En este mundo, vivir para ver, porque lo que no sucede en un año sucede en un día, y tanto va el cántaro á la fuente que al fin deja el asa ó la frente, y donde menos se piensa salta la liebre y más hace el que quiere que el que puede.

Este preámbulo á lo Sancho Panza va encaminado á decir á ustedes, carísimos y pacientísimos lectores, que al fin vamos á llevar á cabo las ansiadas reformas de LA SAETA. Pensamos en ellas tarde y deprisa; fiamos en la palabra de una casa extranjera y nos faltó el tiempo y nos faltó el cumplimiento de la promesa.

He aquí explicado por qué anunciamos el aumento de precio y las mejoras y por qué digimos luego que no había nada de lo dicho.

Pero como una voluntad firme y decidida casi lo puede todo, y nos animaba el deseo de complacer á nuestros lectores, prescindiendo en parte del plan que teníamos formado (y que ya llegará á realizarse, Dios mediante), hemos decidido... ¡Si no se lo van á creer ustedes! Hemos decidido... ¡Una barbaridad!... Hemos decidido... ¡Allá va!... Hemos decidido dar desde el número próximo

24 páginas de texto y grabados y 4 de cubiertas

Total: 28 páginas por 20 céntimos

Y conste que serán **24** páginas sin trampa ni cartón, esto es, sin anuncios ni cosa parecida.

Los grabados serán escogidísimos, y á más de la reproducción de cuadros, retratos, vistas, bellezas, etc., daremos páginas originales de los más distinguidos artistas, actualidades, caricaturas y artículos ilustrados.

A más de la firma de *Clarín*, colaborará también semanalmente el distinguido y popular escritor que firma *Juan Buscón* y otros cuyos nombres reservamos para no privar á los lectores del placer de la sorpresa.

Ya verán ustedes lo que es cosa buena.

Verlo para creerlo.

El que no se apresure á comprar el número próximo se quedará sin él. Lo advertimos á los perezosos y á los incrédulos para que no se encuentren chasqueados:

No olvidarlo: desde el número próximo

LA SAETA constará de 28 páginas de texto y grabados por VEINTE céntimos

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda de la Universidad, 6; Teléfono 861. —Barcelona